

# SOCIO, MI PERRO

*"El que no ha tenido un perro no sabe lo qué es querer y ser querido"*

Arthur Schopenhauer

Soy un hombre de perros. Y como amante de estos animales, podría escribir largo y tendido sobre ellos. Cuando uno ha vivido con un perro durante años, a veces por única compañía, se llega a conocerlos íntimamente y, por tanto, a quererles sin más remedio. Su naturaleza leal, noble, cariñosa, alegre y vital, de generosa y total entrega a quien adopta por "amo", hace que los apreciemos necesariamente. De ahí que hayan formado parte del devenir del ser humano desde los albores de los tiempos, cuando siendo ambos criaturas salvajes se aliaron para sobrevivir, hasta llegar a convertirse, según el famoso dicho, en "el mejor amigo del hombre", como son conocidos los perros en el mundo entero, aunque algunos pueblos los quieran tanto que incluso los incluyan en su dieta.

Por otra parte, si existen perros violentos y agresivos se debe a sus malos dueños, quienes los han convertido en malvados a base de aplicarles un trato cruel, que desquicia y vuelve loco al pobre animal. Es sabido que hasta los perros de presa, pese a su tendencia innata a la pelea, ante la que no se arredran, pues han sido seleccionados genéticamente para la lucha, como denota su propia constitución física, llena de fuerza y vigor, son esencialmente unos buenos compañeros, valientes hasta el sacrificio cuando se trata de defender a su familia y entorno, claro está que mientras nadie quiera convertirlos en unas fieras.

Por lo demás, según mi experiencia, cada perro posee su propia personalidad, pudiendo asegurar que algunos incluso tienen tanto o más carácter que mucha gente. Los hay nerviosos, tozudos y torpes, o listos, capaces y diligentes, igual que las personas, aunque la bondad o maldad del animal se halle en función directa, como decía, de la clase de ser humano que le acompaña y lo alimenta.

Confieso sin rubor que algunos de mis mejores amigos han sido perros. Los he querido y ellos me han devuelto con creces el cariño dado; estoy seguro de que me han demostrado más afecto y simpatía que la mayor parte de la gente que he conocido. Sin duda, para mí, uno de los mejores sentimientos que se pueden tener en esta vida, es la amistad de un perro fiel.

Dicho esto, resulta fácil comprender el entusiasmo que despiertan en mí estos curiosos bichos, hasta el punto de no entender ya mi existencia sin la

presencia de un perro a mi lado. Ellos vienen compartiendo mi vida desde hace muchos años. Han sido fieles compañeros en los buenos y en los malos tiempos. Un perro constituye la compañía ideal, el elemento que compensa y hace soportable la soledad. Este conjunto de cualidades parece más propio de un humano, pero en justicia también se le puede atribuir a un perro. Incontables personas en todo el mundo pueden atestiguar lo que digo. Gente para quienes su perro ha pasado a ser un miembro más de la familia, cuando no toda su familia.

Siempre me gustó que Schopenhauer, el pesimista y gruñón filósofo alemán que detestaba a la humanidad en su conjunto, salvara de su odio a los animales, sobre todo a los perros, y dejara una partida en su herencia para el cuidado y mantenimiento de Atma, el perrillo de lanas que le acompañaba en sus paseos diarios y luego, en casa, se tendía a sus pies, mientras su amo escribía sus grandes obras filosóficas. Ejemplo que he seguido en mi testamento, pues me atormentaría eternamente saber que mis perros han quedado abandonados tras mi muerte.

Es la condena y el privilegio canino. La dependencia que ha llegado a tener del ser humano este noble animal, le ha privado de su natural sentido de la libertad. En el mundo actual, ya no puede sobrevivir sin la mano protectora del hombre, para quien supone animal de compañía y trabajo, pues muchos canes se ganan trabajando el alimento que comen. Hasta ese extremo han llegado en su asimilación de las costumbres humanas.

Desde el presente, echo la vista atrás y recuerdo a todos aquellos que han pasado ya por mi vida: Hermes, un perro lobo grande, travieso y juguetón; Lua, una perrita negra como el carbón y viva como una chispa; Thelma, medio husky, salvaje e indómita hasta el final; el flaco e inocente Canuto, un chuchete callejero que se pegó a mí en un aparcamiento madrileño; la cazadora Brisa, que aun con sus patas traseras operadas, era veloz como el rayo; Fivi, una perrita abandonada de bonitos ojos negros, y cuyo apellido debía ser Houdini a juzgar por sus innato talento para escaparse; y para terminar, aunque espero que no sean los últimos, el dúo formado por Gerry (Durrell) y Maggie (Simpson), dos pequeños peludos que, como hermanos, van siempre juntos a todas partes, dos ángeles con cara de perro, que son mi gozo y compañía en estos momentos.

A su manera, todos ellos han sido únicos y excepcionales, cada uno con sus rasgos peculiares que lo diferenciaban de los otros, y no me refiero tan sólo al tamaño o al aspecto externo, sino a cuestiones de más calado como eran sus personalidades propias. Todos ellos supieron ganarse mi afecto y confianza. Todos ellos me dieron compañía y satisfacción. Todos ellos merecen mi cariño, gratitud y recuerdo. Todos y cada uno de ellos tiene un hueco en mi corazón para siempre.

Pero por alguna razón que no atino bien a comprender, hay uno que no he nombrado todavía, que merece mención aparte, uno que siempre será *mi perro*. Se llamaba Socio, un perro callejero que llegó a mi vida por azar y se

quedó para compartir juntos nuestro destino común hasta el final de sus días. Desde que le abrí las puertas de mi casa, ya no volvió a separarse de mí hasta que murió, después de diez años de feliz convivencia. El día que me marchaba del pueblo, donde había vivido durante varios años, con la furgoneta en marcha, abrí la puerta del vehículo y Socio se coló dentro, en mi vida, para siempre.

No puedo explicar por qué, pero con este perro llegué a establecer una conexión muy especial, que nos unía estrechamente el uno al otro. Durante el tiempo que permanecimos juntos, allí donde yo estaba, se podía apostar que, excepto las obligadas ausencias del trabajo, el perro siempre estaba a mi lado. Era como mi sombra. Y ahora, cuando ya no está presente, puedo decir con orgullo que, excepto sus desgraciados primeros años de vida - que contaré más adelante-, el resto de su existencia conmigo fue placentera, segura y caninamente dichosa.

Cuando ha sido posible, y el perro así lo demandaba, he procurado dejarles la puerta abierta, para que salgan y se esparzan libremente a su aire. Con Socio lo hice desde el primer momento, en su etapa inicial de medio pensionista, cuando pasaba la noche en el garaje, junto a la caldera de leña, y le soltaba cada mañana al irme a trabajar, para encontrarlo a mi vuelta, tendido junto a la entrada de casa. Luego prosiguió la costumbre, salvo los años que pasamos en la ciudad. Pero incluso entre el gentío y el tráfico urbano, podía dejarlo solo. Aunque esto pueda parecer una temeridad, no lo era. Nunca tuve

que lamentarlo. Estaba seguro por completo de que al salir del estanco, la librería o la tienda de la esquina, Socio seguiría esperando fuera pacientemente, a pie firme, como siempre ocurrió.

A todos nos parecen nuestros hijos y nuestros perros los mejores y, sin duda, una gran parte lo son para sus familias. Es natural. Sin embargo, he tenido muchos perros (perdón por la expresión, que sirve únicamente para hacernos entender; nunca he tenido ánimo de posesión hacia nadie, personas o animales; los perros simplemente compartían mi vida), y puedo asegurar que no he conocido a ninguno como él.

Entre las muchas particularidades que lo diferenciaban de los demás perros, destacaba su serena alegría, prácticamente inalterable, que era el rasgo esencial de su carácter, la expresión máxima de su personalidad canina. También resultaba admirable su extraordinaria capacidad de adaptación a todo tipo de entornos, lugares y personas diferentes. Vivió conmigo en pueblos y ciudades, en casas con patio y jardín o en pisos de alquiler, a través de cuyo balcón observaba la calle, varios pisos más abajo. A Socio le tocó ir de un lado para otro, en una etapa errabunda de mi vida, acompañándome siempre allá donde me llevaban mis diversos empleos.

Por suerte para él, fueron años en los que abandoné casi por completo el hábito de la escritura, a la que me había dedicado con una pasión desbordada y exclusiva desde la adolescencia, pero que, era preciso reconocer, me había conducido a un callejón sin salida. Cuando se es joven y

se apuesta todo a una sola carta, la jugada es muy arriesgada. En mi caso, perdí, fracasé en alcanzar mi sueño de hacerme escritor profesional. Para ganarme la vida, tuve que trabajar en cualquier cosa, la mayoría empleos sin futuro, sin interés, al menos para mí.

Llegó un momento en que me vi obligado a tomar una determinación al respecto. Una decisión que entrañaba cierta dosis de dolor, como si me amputarían un brazo. Tenía que romper con un pasado que me mantenía inmerso en una espiral autodestructiva, debía librarme del peso muerto de mi ambición que, como la bola de hierro al pie que arrastraban los convictos en la antigüedad, me sujetaba a viejos hábitos y nocivas costumbres, pues una traba semejante había llegado a ser para mí escribir en el vacío.

Mi abandono del pueblo, donde me había entregado plenamente a escribir durante un par de años sabáticos, no solo era una salida física sino también una escapada espiritual. Tenía que renovarme o morir, y lo cierto es que me gustaba vivir, a pesar de todo. En dicho plan de cambio radical de vida, casi podría decirse que hasta de personalidad, renuncié voluntaria y deliberadamente a la silla de escritor y me centré en realizar actividades corporales, una transformación total para alguien que, como yo, había prestado nula atención a su propio cuerpo mientras trataba de cultivar su intelecto. Este cambio obedecía a un intento de sanación física y espiritual. Una renovación completa de mi mismo.

Tras probar diferentes deportes: taichi, aikido, pesas, natación, pilates..., por fin encontré un par de actividades que me gustaron desde el primer contacto, y a los que me dediqué en cuerpo y alma durante los siguientes años. Uno fue el boxeo -fantástico como entrenamiento físico, aunque deplorable como espectáculo público-, que hallé muy divertido; me gustaba boxear: saltar a la cuerda, hacer sombra, golpear el saco y cruzar los guantes un par de asaltos. Además de pasarlo bien, estaba en plena forma física. El ambiente del local donde boxeaba también resultó determinante, una sala de altos techos, grande como un viejo almacén, un tanto lóbrega y húmeda, de aspecto espartano, nada que ver con las aparatosas instalaciones de otros gimnasios, por el contrario, contaba con sobrias máquinas de culturismo y un amplio espacio aparte para el ring y los sacos. Al fondo, disponía de un deslustrado vestuario con duchas; nada de saunas. Todo ello hacía que fuera poco frecuentado por mujeres.

Desgraciadamente, la experiencia fue breve. Al cabo de un año, el gimnasio cerró sus puertas para instalar una gran tienda de chinos. Traté de probar en otros centros más modernos, pero ya no era combate tradicional sino otras modalidades de lucha, como el boxeo tailandés, que incluye patadas, de manera que, como suele decirse en el ámbito profesional, colgué los guantes y, muy a mi pesar, abandoné este deporte.

Mientras duró mi etapa pugilística, recuerdo salir a correr por el parque con Socio pegado a mis talones, o más frecuentemente aún, siguiéndole las



huellas en la carrera, siempre por detrás de su espeso rabo marrón, con un tórrido calor en verano y frío y lluvia en invierno, en un programa personal de mejoramiento físico, del que él disfrutaba seguramente más que yo, a juzgar por el entusiasmo que demostraba al verme calzar las zapatillas de deporte.

Más importante y decisiva fue la pasión que durante unos años despertó en mí la práctica del montañismo. Fue un descubrimiento por el que siempre estaré agradecido a mi hermano menor, el auténtico montañero de la familia. Mi hermano siempre ha demostrado poseer espíritu aventurero y ya desde niño le gustó acampar al aire libre y emprender excursiones campo a través. A su lado, soy un simple aficionado, un caminante y aspirante a montañero, que en cada salida sueña con ser alpinista.

Como el alpinismo entrañaba ciertas dosis de riesgo, realicé mis cursos de aprendizaje en la escuela de Madrid, donde escalé un poco en la Pedriza, aunque fue Gredos el escenario de mis más que modestas hazañas montaÑeras. Sin embargo, el amor por las montaÑas que se despertó en mí era tan inmenso como esas grandes moles de roca maciza, a las que pretendía subirme. Las montaÑas no son simples espacios naturales, sino que tienen una presencia física y espiritual impresionante. No es de extrañar que, en numerosas culturas, a las altas cumbres se las considere como la residencia de los dioses, por el misterio, amenaza y sensación incontenible de fuerza natural que desprenden. El ser humano que acude a las montaÑas cobra un sentido real de la medida que ocupa en el Universo. Siente la pequeñez e

insignificancia de su persona y a la vez la grandeza de ánimo que alberga el espíritu y el corazón humano.

Por toda la mítica que se atribuye al montañismo, como forjador del carácter y exponente máximo de la acción aventurera y de extremo peligro, resulta un lugar común confirmar la gran influencia que ejercieron en mí. Pero la realidad fue así. Las frecuentes salidas a las montañas me ayudaron a mantener la cordura en una época difícil y complicada de mi vida, en la que me enfrentaba de nuevo a mis demonios personales. El opresivo ambiente del trabajo, donde apenas podía respirar, me hacía ansiar las escapadas con mi hermano en busca de aire libre y espacios naturales. Al menos, durante unas horas o varios días, podía hacer acopio de oxígeno y libertad, alejado de mi gris existencia ciudadana.

Y Socio, mi perro, siempre estuvo allí, a mi lado, en verano durmiendo bajo las estrellas en un improvisado campamento de montaña, o cobijados juntos dentro de la tienda en invierno, bien apretado entre mi hermano y quien esto suscribe. Aquel animal subió y bajó por sitios no siempre fáciles y accesibles, pero en su afán de seguirme nunca se quedaba atrás, a veces a costa de tener que ayudarlo a trepar o descender, atando una cuerda a su arnés, por pasos excesivamente empinados para él. En cualquier circunstancia y situación, demostró siempre un coraje y una resistencia fuera de lo común. Lo recuerdo ahora y no deja de conmoverme su total entrega. Ciertamente, Socio era un perro digno de asombro y admiración.

Mis años de transformación coincidieron con Socio. Tuvo la suerte de vivir bastante tiempo, y de salir con frecuencia a parques y montañas, a ríos y campos, en los que podía sentirse completamente libre. Entonces corría con el rabo en alto, lanzándose tras cualquier estímulo que le saliera al paso, siguiendo una pista con el hocico pegado al suelo o haciendo levantar el vuelo a bandadas de palomas. Hiciera lo que fuese, en todo momento era la viva estampa del placer de existir.

Socio era un mestizo sin casta definida, tal vez con algún lejano ancestro de raza *golden retriever*, a juzgar por su espeso pelo rojizo, sus grandes orejas caídas y el largo y peludo rabo, enhiesto como un florido plumero, siempre en constante movimiento, extremidades que no solo le servían de timón y antenas, sino también para expresar una extensa y variada gama de emociones y deseos. Pero su capacidad de expresión a través de la mímica gestual era realmente notable, sobre todo proviniendo de un perro que en muy raras ocasiones ladraba o gruñía.

Socio tenía un carácter confiado, sereno, dócil, alegre y vital al mismo tiempo, una alegría tranquila, como he dicho antes, nada agresivo ni violento, pero fiero y valiente en un apuro, y de una fidelidad y apego absolutos, además de esforzado hasta límites insospechados.

Socio era como mi sombra, allí donde yo iba el venía conmigo. No necesitaba una correa al cuello para llevarlo de la mano. Aprendió por su cuenta a caminar a mi lado. Y, al igual que esto, nunca hizo falta enseñarle a

comportarse, ni hubo que adiestrarle previamente, como si un sentido innato le hiciera comprender lo que se esperaba de él.

La verdad es que, ahora que lo pienso, hasta en eso demostró tener un talento natural fuera de serie. Cuando nos conocimos, ya era un perro adulto, aunque todavía joven. El veterinario al que lo llevamos para sus primeras vacunas y reconocimientos, aseguró que debía rondar los dos años de edad. cuando sacan al campo a los perros más jóvenes para que los más viejos y experimentados los enseñen a cazar. Y Socio, a juzgar por su aspecto, con toda seguridad corrió la desgraciada suerte de muchos canes cazadores.

Yo vivía entonces en un pequeño pueblo próximo a Toledo, donde me había mudado harto de vivir en los lóbregos y angostos callejones toledanos, que ahogaban las casas impidiendo la llegada de la luz del sol. Y fui allí, poco antes de mi partida, cuando un buen día apareció por la calle un perro callejero de espeso pelo rojizo, al que pronto se le unió otro compinche abandonado, un canijo de lanas grises, ambos dedicados a deambular a su antojo por el pueblo. Se podía ver a la extraña pareja en cualquier esquina, hurgando entre los cubos de basura o huyendo perseguidos por otros perros del lugar.

Al principio se acercó a casa, sólo para comer y beber, y luego para pasar las frías noches de invierno dentro del garaje, sobre una vieja manta junto a la caldera de leña. La cuestión es que, cuando llegó el momento de marcharme definitivamente, tuve que decidir que hacía con él. En unos pocos meses le había cogido cariño, ya que era un animal que se hacía querer

fácilmente. La furgoneta estaba cargada con mis escasos enseres, la casa limpia y vacía, lista para ser abandonada, otra mudanza más en lo que venía siendo un largo e interminable peregrinar.

Mi encuentro con Socio fue providencial. Sin duda, fue una decisión afortunada, algo por lo que siempre estaré agradecido al destino o al azar que dispuso así las cosas. Jamás tuve que arrepentirme de mi repentina determinación. Al contrario, siempre la he considerado como una bendición, uno de los mejores regalos que me ha deparado la vida, que me llegó en forma de perro.

Con los años pude reconstruir parte del pasado de Socio. Unas radiografías hechas posteriormente mostraron que tenía el cuerpo acribillado de perdigones, multitud de duros puntitos negros que, alojados en su organismo, podían palparse a través de su piel. El pobre animal estaba literalmente cubierto de plomos, como si alguien hubiera disparado una escopeta contra él. Aquel disparo, además de permanentes señales físicas, también le había dejado indelebles secuelas anímicas, ya que nunca logró superar el miedo que le producían los cohetes y otras detonaciones que sonaban como un estampido. El síndrome de Vietnam, que le traía brutales recuerdos del pasado.

Una vecina, una chica joven que se ocupaba de cualquier bicho errante que llegara hasta su puerta, contó que lo había encontrado por casualidad su marido, aficionado a la cetrería, en una salida al campo para entrenar a su

halcón. Entonces se tropezó con el animal que yacía agonizante, en medio del terreno donde se había desplomado sin fuerzas para seguir adelante, completamente solo y abocado a una muerte de perros. Entre los dos comenzaron a llevarle agua y comida al moribundo, y, milagro, paulatinamente fue mejorando, hasta lograr recuperarse del todo al cabo de un tiempo.

Después, cosa normal, los siguió al pueblo cercano, en el que se estableció sin pertenecer a nadie. Comenzó a rondar nuestra calle, donde encontró alimento y cobijo ocasional en diferentes casas. Además de meterse en líos. Sabemos de buena tinta que, como ejemplo del filósofo cínico griego, se coló en la iglesia durante la misa, que también entró en las escuelas municipales, a la hora del recreo, en busca de los bocadillos sobrantes, y que asimismo le expulsaron de más de un patio adonde le llevaba su innata e insaciable curiosidad canina.

Son tantos los recuerdos que guardo de él que no se bien por dónde empezar y me limito a trasladarlos por escrito a medida que llegan. Si pienso en los años que pasamos juntos, con sus cosas buenas y malas, sus alegrías y desdichas, siempre encontré animosa y reconfortante la compañía de mi perro. Estuvo conmigo en largas noches de fuego, permaneció a mi lado cuando me sentía solo y abatido, o bien cuando emprendíamos con entusiasmo un nuevo viaje hacia un destino desconocido.

Me acompañó en casi todas mis escapadas a la montaña, ya fuera en pleno y riguroso estío o en el más crudo y gélido invierno. Me seguía siempre

incansable, con la lengua fuera, en los arduos senderos de montaña, o buscaba abrigo dentro de la tienda de campaña, haciéndose un hueco entre los sacos, para aportarnos calor mutuo, mientras fuera arreciaba la tormenta o nevaba blandamente el día entero.

Se puede aprender mucho de los perros, ya que tienen numerosas cosas que enseñarnos. Pero de Socio es de quien más he aprendido. Aprendí a diferenciar el verdadero coraje de la pura bravuconería, aprendí a ser leal sin resultar posesivo, aprendí a mostrarme alegre y sereno a la vez, y, sobre todo, aprendí a vivir y disfrutar de cada momento de la vida lo mejor posible. Pues esa enseñanza era la que me comunicaba cada mañana cuando se lanzaba sobre mí en la cama, dormía conmigo en la habitación sobre un viejo y mullido saco de montaña, y me urgía a aprovechar el día que empezaba. Vamos, parecían decir sus vivaces ojos marrones, las orejas erguidas y su inquieto rabo agitándose como una bandera de señales con un único mensaje: ¡vamos, es hora de vivir!

Cuando me miraba parecía entender lo que le decía, adivinando mi estado de ánimo por la entonación de la voz. Con Socio, a veces tenía la sensación de que era capaz de reír, cuando enseñaba los dientes arrugando el hocico sin llegar a gruñir. Pero no solamente a mí me sorprendía, a mucha otra gente le asombraba la actitud y el comportamiento de Socio. En el parque, donde le sacaba para que se relacionara con otros perros, llamaba la atención por su vital y afable naturaleza. Con frecuencia le acometían arrebatos de

explosiva alegría animal, que le hacían correr, saltar y revolcarse en la hierba patas arriba, un rasgo muy peculiar suyo, que a todos los que lo presenciaban por primera vez dejaba admirados.

A lo largo de la historia humana, numerosos perros han merecido una tumba, siendo la más famosa quizás la que Lord Byron dedicó a su terranova Boatswain, con el célebre epitafio que recomiendo como corroboración de mis palabras. Muchos han sido los perros que demostraron ser fieles a su amos, llegando hasta el sacrificio de sí mismos. Un perro que quiere a su dueño nunca le traiciona. El deseo de estar a su lado constituye el mayor empeño de su vida.

Por todo lo expuesto hasta aquí, y ya para terminar, confieso que jamás podré comprender ni aceptar que se haga daño a tan noble y admirable animal, una criatura que reúne en grado sumo algunas de las mejores cualidades que atribuimos a los seres humanos: fuerza, valor, resistencia, lealtad. De modo que estoy completamente seguro de una cosa: hay que ser muy mala persona, miserable y cruel, para que no te quiera. Pero si tratas bien a un perro, no sólo tendrás un fiel compañero de por vida, sino más importante todavía, encontrarás el mejor amigo. Alguien que no te juzga, no te traiciona, no te maltrata, y que siempre permanecerá junto a ti de buen grado. Como dijo Mark Twain, eso es mucho más de lo que gran parte de los humanos es capaz de hacer.